

Caspistegui, Francisco Javier, *Famas y representaciones en el carlismo decimonónico*, Pamplona, Analecta Editorial, 2021, 479p. ISBN: 978-84-9017-022-9. 35€ 

Índice. Introducción. PRIMERA PARTE. ZUMALACÁRREGUI: LA GUERRA EN SU COTIDIANIDAD, LA MUERTE EN SU EXCEPCIONALIDAD. 1. Zumalacárregui. 2. Hacer cotidiana la experiencia de la guerra: el itinerario de Zumalacárregui. 3. La muerte excepcional. SEGUNDA PARTE. LA PROPAGANDA COMO MODERNIDAD DEFENSIVA. 4. Carteles, bandos y manifiestos en la Primera Guerra Carlista. 5. La propaganda y la opinión pública de 1872 a 1876. *Fuentes y bibliografía. Índices onomástico y topográfico.*

En los últimos años, la producción historiográfica en torno al carlismo ha crecido notablemente, si bien aún quedan muchos campos por estudiar y aún más materiales que esperan a ser aprovechados para dar a conocer este movimiento político-social, tan relevante en la historia de España en los siglos XIX y XX. De hecho, su análisis siempre ha estado muy ligado o bien a las guerras que protagonizó, impidiendo conocer en profundidad su origen y, por tanto, su pervivencia, o bien a la rama dinástica iniciada por Carlos María Isidro. Por otra parte, los trabajos sobre el carlismo han tenido una gran dependencia de las obras clásicas, del siglo XIX y XX, escritas en tiempos convulsos, lo que les impide contar con la objetividad necesaria para una mejor comprensión de este fenómeno. Además, en su mayoría, estos estudios han dejado de lado el factor de su apoyo popular, curiosamente algo de lo que el carlismo siempre ha presumido en su discurso, un vacío que el libro de Caspistegui pretende llenar de contenido.

Esta obra se divide en dos partes claramente diferenciadas, pero en las que palpita un mismo fin en el objeto de su estudio: la influencia que el carlismo mantuvo —o intentó mantener— sobre sus soldados y sobre la población civil que habitaba en sus zonas de control. Para ello se centra primero en la figura de Tomás de Zumalacárregui, el coronel carlista que, entre 1833 y 1835, mantuvo en jaque al gobierno liberal y derrotó a sus generales, hasta que una herida de bala en el sitio de Bilbao acabó con su vida y, posiblemente, con la única posibilidad que tuvo el carlismo de vencer en la primera guerra. En el libro de Caspistegui se analiza su liderazgo, su capacidad militar por medio de un documento en parte inédito, su diario de campaña entre noviembre de 1834 y junio de 1835, y su muerte, también con la transcripción del parte médico y de correspondencia. Así, plantea una serie de preguntas en torno al uso de expresiones sacras, en concreto para referirse a lo extraordinario, para aplicarlas a Zumalacárregui y analizar la «excepcionalidad de figuras y momentos, la “anormalidad” conviviendo con la “normalidad”» (p. 27).

En efecto, a partir de las referencias que se hicieron de Zumalacárregui durante su mandato, se analizan los rasgos weberianos del liderazgo carismático. El primero de estos es cómo se reconoce lo extraordinario del líder en sus cualidades. Con el texto original de Weber se introducen los requisitos, junto a una breve y clara explicación. Le siguen transcripciones y análisis de escritos coetáneos a Zumalacárregui que resaltan su singularidad extraordinaria, sobre todo las relacionadas con su genio militar. Para



RECENSIONES

aumentar el estudio y completarlo, incluye el carisma negativo. Esta visión, planteada por Philip Smith, le permite analizar los contravalores que, en este caso, la prensa liberal veía en Zumalacárregui, al que se compara con Espoz y Mina.

El segundo elemento del carisma, según Weber, era «el de la sumisión extraordinaria, garantía de su efectividad, el reconocimiento libre y garantizado por actos, que deriva luego en adhesión personal» (p. 46). Esto se centra en el vínculo que el ejército carlista y la población tenía con Zumalacárregui, es decir, el de un colectivo para con un individuo. A raíz de ello, mediante textos y apoyado en las ideas de Thomas Carlyle indaga en el carácter de guía espiritual de Zumalacárregui y su imagen como salvador, «que en tiempos de turbulencia asumió los rasgos de la tradición, la simbología informal que la caracteriza, y conectó por ello con quienes pasaron a ser sus seguidores» (pp. 51-52).

El tercer rasgo se apoya en las emociones provocadas en los individuos, en el que nuevamente se vuelve a mostrar la visión de los cercanos a Zumalacárregui y de la prensa liberal. Mediante el estudio de estas emociones, se analiza cómo se buscaba sostener una legitimidad que no se basara ni en lo jurídico ni en lo económico, sino en los actos. El cuarto y último se centra en la capacidad subversiva del liderazgo que se expresa en la actitud de Zumalacárregui con los ministros de Carlos V y con sus soldados en el marco de los cambios existentes, muy significativos en lo simbólico.

Con el análisis del liderazgo carismático de Tomás de Zumalacárregui realizado, introduce el diario de operaciones, transcrito en el siguiente capítulo, por medio de una exhaustiva contextualización. En primer lugar, sitúa el marco histórico-temporal que ha seguido el fondo Juan Antonio Zaratiegui, del que este documento forma parte, desde la muerte del general de Olite hasta su ingreso en el Archivo Real y General de Navarra, incluyendo la redacción de su inventario y las consultas más relevantes, destacando las del padre Alberto Risco y la de Melchor Ferrer.

Tras esto se centra en el documento en sí, fijándose en su estructura y contenido. Respecto a la primera, muestra cómo está dividido en cinco columnas donde se exponen el día, los lugares por los que pasaron, los lugares que quedaban a cada lado, los accidentes geográficos que atravesaban y los hechos más relevantes de cada día. Y, respecto al segundo, se fija en la forma de escribir, en la tipografía y, especialmente, en lo descrito, mostrando «la profundidad del enfrentamiento entre posiciones ideológicas, la distancia sideral que alejaba a los nuevos de los viejos, las tradiciones de las innovaciones» (p. 100).

Continúa haciendo un análisis de los itinerarios, base del diario, desde la antigüedad y del uso que ha tenido este tipo de textos en la historia. Se sigue la evolución de estos documentos militares, de su elaboración y de su situación en España, donde vivió un gran salto adelante tras la invasión francesa de 1808. Con una primera vocación militar para conocer el terreno, e impulsados por Joaquín Blake, pronto saltarían al ámbito general. Extrae tres rasgos de ellos: el protagonismo militar, la dificultad en su elaboración y la especial atención dada a la región vasco-navarra.

Tras esta minuciosa introducción, se acerca al documento en su espacio y en su tiempo. Muestra cómo se trata de un itinerario, pero con elementos propios de un diario. Los mapas llegados de Francia en la década de los treinta del siglo XIX también incluían textos del campo de las ideas, imbuidos en el ambiente romántico europeo. Algunos de estos, explicados en su capítulo correspondiente, responden a la pregunta de por qué se

RECENSIONES

empleaban determinados términos o se hacía hincapié en algunas expresiones, ya que «no es solo una pugna dinástica, es un conflicto por ideas» (p. 86).

Finaliza el apartado con algunos de los ejemplares que se encontraban en la biblioteca de Zumalacárregui en el momento de su salida de Pamplona en el otoño de 1833. Su relación fue publicada por Marcelo Núñez de Cepeda bajo el título *El hogar, la espada y la pluma del General Zumalacárregui*. Mediante algunos de estos títulos, se teoriza sobre su aplicación por parte del general durante la guerra carlista y cómo esto pudo permitir diferenciarlo de otros militares del conflicto.

En el siguiente capítulo introduce el legado simbólico de Zumalacárregui, cuya figura «sirvió para crear un enlace que pudiera mediar entre la realeza y los integrantes del carlismo» (p. 258). Se menciona el papel de los héroes para la construcción nacional, aunque, en este caso, no se trate de una nación, sino de una comunidad. Pese a que se quiera hablar del liderazgo carismático de Zumalacárregui, su muerte trágica permite referirse a él con ambos términos —líder carismático y héroe— y cómo se fundó su mito.

De esta forma, se estudia cómo pudo pasar al panteón militar nacional un general que defendió principios contrarios y, sobre todo, el último rasgo con el que Weber caracterizó el liderazgo carismático: la rutinización. Al morir tan pronto, su capacidad como líder le permitió pasar a la leyenda de mano, curiosamente, de los liberales. A consecuencia de todo esto, «en Zumalacárregui encontramos un proceso de transición entre el carisma de origen religioso, propio de la colectividad y regalo de Dios, y el carisma contemporáneo, característico de un mundo individualizado y secular» (p. 270).

Tras esta introducción, se transcriben cuatro documentos relacionados con su muerte. Varios de ellos están dirigidos a Juan Antonio Zaratiegui, secretario personal de Zumalacárregui, informándole de la muerte del general. El cuarto es el parte de fallecimiento, donde se relata el curso de la herida, entre el 15 y el 22 de junio, fecha de su muerte.

La segunda parte del libro se ocupa de aquellos materiales que sirvieron para alimentar la propaganda desde la Primera Guerra Carlista hasta el final de la segunda y, con ella, mantener su influencia en la opinión pública en la nueva lucha de ideas que supuso el siglo XIX. Al estudiar estos documentos, «no se trata de buscar en ellos la verdad de lo ocurrido, sino la verdad que construyeron para mostrarse a sí mismos» (p. 17). Para ello los contextualiza y muestra las diferencias en el estilo que se aprecian en este tipo de documentos entre ambos conflictos, a raíz de las experiencias que se vivieron en la guerra de Secesión de EE.UU. y en la guerra de Crimea.

El primer capítulo de esta segunda parte se inicia mostrando la lucha librada en el campo de la propaganda en la primera mitad del siglo XIX. Diferencia los distintos documentos empleados para difundir las ideas, que dieron lugar a otro método de difusión: el rumor. La lucha contra los franceses durante la Guerra de la Independencia alimentó los textos de propaganda publicados por las Juntas que sirvieron de ejemplo para lo que estaba por venir. Así, al uso secular de la autoridad del pregón y la fijación de textos en lugares escogidos, a fin de controlar la opinión pública, siguieron las prácticas de los elementos disidentes de la sociedad, que también hicieron uso de esos espacios en lo que comenzaba a ser una creciente lucha de ideas que se hizo presente en las paredes de



Universidad
de Navarra

FACULTAD DE
FILOSOFÍA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA
DEL ARTE
Y GEOGRAFÍA

RECENSIONES

pueblos, aldeas y ciudades como «un griterío sordo expresado en calles y plazas» que «mostraba un rasgo nuevo: la irreductibilidad de las posiciones» (p. 300).

En esta sección se diseccionan los bandos, las circulares y proclamas difundidos entre 1833 y 1839. En su labor, el carlismo tuvo que utilizar para su transmisión a la Iglesia, el púlpito, empleando métodos propios del Antiguo Régimen; pero, poco a poco, también usaron elementos revolucionarios, como tertulias conspirativas o pasquines. Así, se demuestra la importancia de la imprenta en el núcleo carlista vasco-navarro para desarrollar instrumentos de propaganda y entrar «en un diálogo indirecto y claramente dirigido a denigrar al oponente mientras se afirmaba lo propio» (p. 309). Estos impresos mostraban la autoridad de don Carlos, rey-pretendiente, en la lucha por el espacio público y su control.

Para mostrar cómo se exponían las autoridades carlistas en este espacio, introduce, en primer lugar, los documentos tratados, en su mayoría vizcaínos. Su contenido permite ver la estructura de la administración carlista. La función de estos era mostrar la autoridad y su aplicación, con la figura de don Carlos siempre presente. También se aprecian las órdenes dadas a las autoridades locales para que los documentos alcanzasen la máxima difusión y efectividad. Esto escondía detrás el profundo simbolismo de la existencia de una jerarquía carlista. Y todo ello, como recuerda, «podía ser rechazado, o escasamente aceptado, como revela la reiteración de algunas circulares y normas, buena muestra de las reticencias que provocaban» (p. 317).

Atendiendo más al contenido de estos materiales, hacen especial hincapié en tres cuestiones: los fueros, la administración y la guerra. A cada uno de estos elementos se dedican varias páginas, explicando cómo se trataban y cómo se daban a conocer. En cuanto a los primeros, se centra en su incorporación a la idiosincrasia carlista y cómo fueron empleados de forma interesada. Para la administración, analiza la supervisión ideológica de los gobiernos municipales y de las justicias, dado que no se controlaban las principales instancias judiciales de la monarquía.

Dedica especial atención a su contenido bélico. Como era de esperar durante la guerra, este tema fue el pilar en torno al que sobrevolaban el resto de las cuestiones. Partiendo de la base de que la información no era verídica al responder a necesidades propagandísticas, muestra cómo los carlistas intentaban legitimar su discurso y su verdad. Analiza cómo intentaban gestionar sus escasos recursos, soldados o armamento, incluso otras dificultades, como las desertiones, que ponía en duda la figura del voluntario.

Finalmente, hace referencia a los últimos elementos propagandísticos empleados en 1839, que intentaban apelar «al sentimiento procurando excitar de nuevo las pasiones y reiterando el negro futuro que se avecinaba de cumplirse el pacto entre sus enemigos, tanto de fuera como de dentro» (p. 358). Insiste en la mayor diferencia de ideas que aparecieron en el campo carlista, especialmente tras la campaña de José Antonio Muñagorri en favor de la paz. Y se muestra la insistencia en lo que se consideró el principal causante del fracaso carlista: la traición.

El segundo capítulo de esta sección lo inicia el autor con una introducción que muestra cómo avanzó la tecnología de las comunicaciones entre la primera y la segunda guerra carlista tanto en la prensa, como en la edición de pasquines y carteles. De esta forma el periodismo se convirtió en el vigilante de los conflictos e incrementó su

RECENSIONES

influencia entre la población. Esto derivó en un interés creciente de los gobiernos por controlar la información, con censura y manipulación de las noticias militares «por la necesidad cada vez más manifiesta de acercarse a los votantes» (p. 369).

La propaganda logró saltar a ámbitos más cotidianos, gracias a su mayor difusión, por ejemplo, a través de los banquetes o de las canciones. Se diferenciaba proselitismo, referido a la religión, de la propaganda, referida a la política y difundida a través de prensa y asociaciones, y los medios para desarrollarla, la armada o la intelectual.

Los autores cercanos al tradicionalismo se refirieron a los elementos revolucionarios como propaganda, vinculándola al extranjero para mostrar un carácter español tradicionalista. Estos sectores veían con preocupación la aparición de la opinión pública, objetivo de la propaganda. Este espacio era una ruptura de la imagen de consenso heredada del Antiguo Régimen. Sin embargo, pronto vieron que debían entrar en el juego y comenzaron a usarla, aunque asociándola siempre con palabras de bondad y aun con ciertas reticencias, «tratando de hilar fino ante un elemento todavía mal definido» (p. 384). Esto fue saltando a otros espacios, como el asociacionismo.

Si antes de la segunda guerra, los carlistas aprovecharon los conflictos internacionales para atacar los planteamientos contrarios, en este caso la República, asociándola con caos y revolución (la guerra franco-prusiana o la Comuna) e informando «para prevenir los riesgos de que algo similar pudiera ocurrir en España» (p. 393), durante el conflicto entre 1872 y 1876, el carlismo buscó la unidad por medio de una información controlada por sus dirigentes. De esta forma, se prestó especial atención a las victorias carlistas, al mismo tiempo que se empleaba la prensa para mostrar su interés por humanizar la guerra, criticando los fusilamientos. Se empleaba habitualmente la palabra gloria, por un lado, para marcar distancias con los republicanos, a quienes se consideraba inhumanos, y, por otro, para movilizar, recurriendo nuevamente al término de voluntario. Algunas de las batallas a las que se hace especial referencia es a la de Bilbao, centrándose en la toma de Portugalete y Somorrostro, y a la de Abárzuza. En ambas, se hacían continuas referencias al apoyo divino, a la fidelidad de los soldados carlistas y a la inhumanidad de los republicanos. Llevaron esta información más allá de las fronteras españolas, en una significativa «muestra de la necesidad de explicar las razones y motivos de la actitud carlista» (p. 409).

Esto también saltó a la cultura. Un ejemplo es el poema de Silvestre María Ortiz y Peiró: *La batalla de Estella*. En sus casi 500 versos muestra el temor que infundían las tropas republicanas entre la población vasco-navarra, los deshumanizaba, glorificaba a los carlistas y buscaba, por medio de las emociones, movilizar a la población.

Por otro lado, muchas de las circulares respondieron a las necesidades materiales de la guerra, que reflejaban «la necesidad de control de todo aquello que tuviera que ver con la guerra y su gestión, y la clave sobre la que se construía la propaganda» (p. 421). Una de ellas era la falta de soldados, atacando la emigración de jóvenes y multando a quienes la fomentasen. También se buscaba la unidad y el refuerzo del simbolismo en torno al cuatrilema Dios, Patria, Rey y Fueros, ya que «si importaba tener cañones con los que mantener la lucha o administrar la vida cotidiana, tanta o más relevancia adquirirían los bienes simbólicos» (p. 429). De igual forma, la fidelidad al carlismo era fundamental. Por eso el ataque a Cabrera y sus llamamientos a acabar la guerra.



Universidad
de Navarra

FAACULTAD DE
FILOSOFÍA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA DEL ARTE
Y GEOGRAFÍA

RECENSIONES

Sin embargo, la principal preocupación seguía siendo conseguir recursos, por lo que se pedía dinero para armamento. Para difundir las reales órdenes se publicaron boletines extraordinarios o de guerra, propagandísticos, con un tono dicotómico entre carlistas y republicanos y en los que «la apelación a la religión era una constante» (p. 423).

La imagen del carlismo pasaba por la imagen de su monarquía. La propaganda en torno a la figura de Carlos VII fue fundamental para su pervivencia, pero también la de la reina Margarita, comparada constantemente con Isabel la Católica. Por medio de la poesía también se vinculó al rey-pretendiente con los reyes españoles y con la tradición, a fin de movilizar a la población hasta el último momento.

El libro destaca por su capacidad de análisis y por la gran cantidad de bibliografía y de obras originales manejadas. Haciendo uso de estas, y con un gran esfuerzo de transcripción, permite al lector conocer en profundidad todos los temas mencionados. Suma un nuevo punto de vista contemporáneo y académico a la figura de Zumalacárregui, mejorando la comprensión que podíamos tener de él y, especialmente, la visión de sus contemporáneos. Por otro lado, abre un nuevo campo de estudio por medio de la propaganda, que se mostró como «un instrumento de gran importancia en la difusión y consolidación de la causa del pretendiente» (p. 435). Emplea elementos comunes a los que no se habían prestado atención hasta ahora y que afectaban directamente a la población y, por tanto, al apoyo social del carlismo. En definitiva, al prestar atención al campo de lo simbólico, abre la puerta a la comprensión de una población que se vio afectada, no solo por la guerra y por la ideología, sino por los mecanismos que las administraciones carlista y liberal vertían sobre ella.

Francisco Javier Caspistegui es catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Navarra. Ha desarrollado su labor docente e investigadora en cuestiones como la historia reciente, el carlismo y la historiografía. Entre sus últimas publicaciones destacan *Cien años de relación entre los navarros y el deporte* (2010); *Una historia por descubrir. Materiales para el estudio del carlismo* (2010); *Historia y globalización* (2012) o *Los espacios de la propaganda carlista* (2021).

Borja Guinea Errasti
Universidad de Sevilla

 <https://orcid.org/0009-0001-2098-8461>